

El por qué estamos aquí

¿ Por qué viniste al mundo, lector querido ? He aquí una impertinente pregunta que rara vez se hacen los hombres. Y si se la hacen ¿cómo la resuelven ?

Cree el político que nació para echar discursos, para ascender á los altos puestos, para imprimir en la sociedad el sello de su corto paso sobre la tierra.

Cree el comerciante que nació para unir los polos de la tierra, para cruzar los mares con sus buques, para comprar y vender incesantemente.

Cree el arquitecto que nació para edificar palacios, construir puentes, levantar monumentos.

Cree el agricultor que nació para plantar árboles, extender sus viñedos, llenar de simientes el haz de la tierra.

Creen todos haber nacido para acaparar dinero, para enriquecer á sus hijos, ó para gozar y apurar más ó menos la copa del placer.

Y sin embargo, ¡ cuánta ilusión y mentira ! ¡ cuánta contradicción ! ¡ cuánto malgasto de fuerzas !

Seas lo que fueres, amado lector, no naciste para el negocio, ni para levantar suntuosos edificios, ni para cruzar los mares, ni para cuidar tus fincas, ni para enriquecer á tus hijos, ni para gozar y reír.

Todo esto es nada, son bagatelas de poca importancia, puerilidades de escaso interés. Naciste para servir á Dios y salvar tu alma. Este es el único fin de tu venida al mundo; este es tu único negocio, este debe ser el exclusivo objeto de todos tus pasos.

Toda la actividad del hombre y de la sociedad ha de estar subordinada á este fin.

Los reyes, los ministros, los senadores, los diputados, los gobernadores, los alcaldes no están en su puesto solamente para fomentar industrias y comercio, ni para abrir calles y paseos, y sí principalmente para santificar á los hombres, para glorificar á Dios.